

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de

D. Miguel Sawa.

15 CENTIMOS NÚMERO
Idem atrasado, 30.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



QUISICOSAS

—No se va al baile.
—Mamá, no desbarates mis planes.
—Te he dicho que no se va.
—Pues tú has ido, que papá te conoció en Capellanes; y bailar fué tu deseo; y, estando bailando tú, sufriste un mareo, y creo que se te pasó el mareo cenando en el ambigü.
Por lo mismo aunque, te asombre, ir quiero.
—Te llevaría...
—Llévame.
—No, porque hoy día á ningún baile va un hombre como tu papá, hija mía.

¡Si seré yo gamacista, que presto al ciento por ciento... con muy buenas garantías!

Tú eres como Villaverde y no te comparo mal, que tienes toda la fuerza en la propia credencial.



ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID....	Un mes..... 1 pesetas.
	» trimestre..... 2,50
	» año..... 10

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS.	Un trimestre..... 3 pesetas.
	» semestre..... 6
	» año..... 12
EXTRANJERO...	» año..... 15

LOS CONSUMOS

No hay contribución que el pueblo más odie. Cargas sobre los artículos necesarios para la vida; merma de los pobres, como de los opulentos, el pan, la carne, el vino. Hace de cada pueblo una aduana, exige una investigación verdaderamente odiosa, necesita de un resguardo que constituye un ejército y ensangrienta no pocas veces las puertas de ciudades y villas. Da ocasión á las más deplorables defraudaciones; son sus propios agentes los que más defraudan. Tiene así filtraciones inmensas: no da de mucho al Tesoro lo que produce.

¡Si se ha clamado contra ella! ¡Si ha dado lugar á protestas y motines! No hay revoluciones en que los pueblos no desfogue la cólera que les inspira quemando las casillas del resguardo. Se los suprimió, con todo, el año 1868 y se hubo de restablecerlos. No sabían los Ayuntamientos de qué otra contribución sacar los fondos con que cubrir sus muchas atenciones, y el mismo Estado hallaba en sus ingresos un vacío que no acertaba á llenar sino con una personal derrama.

Hoy mismo el Estado responde á todos los argumentos contra los consumos diciendo que dan 86 millones. No es verdad que produzcan tanto, ya que hay que rebajar de esta suma los gastos de cobranza, que no son flojos; pero es indudable que mucho rentan. En verdad que los que hoy piden que se los suprima y quieren grandes reformas no saben lo que dicen.

¿Es entonces insuprimible esa contribución tan aborrecida? Lo es bajo el actual régimen económico. No lo sería, por ejemplo, si se impusiese sobre el capital todos los gastos públicos, ó si, como propuso Enrique George, se los impusiera todos sobre la propiedad de la tierra, que es á su juicio y el nuestro una mera concesión del Estado; lo será en tanto que los ingresos de la Hacienda hayan de salir del trabajo, si no todos, en su mayor parte. Arrancar del mísero trabajador una contribución directa, es punto menos que imposible.

Ya que bajo el actual régimen económico no quepa suprimir la de consumos, ¿es prudente ni justo que se la recargue? Con una décima se la recarga hoy, á pesar de la viva oposición que ha encontrado en el Congreso tan insana medida: oposición que ha llegado á poner en peligro la existencia del Gobierno. Una décima de recargo, y, lo que es peor, con destino al pago de los millones concedidos á la Trasatlántica.

Bajo el actual régimen, no creemos suprimible la contribución de consumos; pero sí substituíble por otra de menos enojosas condiciones y de más fácil cobro. Nuestro inolvidable Pedregal creó el año 1873 un sello de ventas para hacer frente á las necesidades de las guerras que entonces nos agobiaban. No hizo en realidad sino extender el timbre á todos los objetos enajenables. ¿Y por qué no habría de substituírse por este sencillo medio la contribución de consumos? Lo acogiera bien el pueblo si se le dijese que con esto quedaban abiertas á la entrada de toda clase de mercancías las puertas de villas y ciudades.

Con el timbre así extendido, los norteamericanos se repusieron en gran parte de los numerosos gastos que les había ocasionado la guerra separatista; aun hoy, con el timbre cubren gran parte de los de la República y

sus Estados. Con gran rigor lo exigen, y con gran rigor castigan á los que dejan de ponerlo en sus artículos de venta.

¿No cabría aquí otro tanto?

F. PÍ Y MARGALL.



CARNAVAL

LA CANCIÓN DE LAS MÁSCARAS

I

Somos las viejas máscaras: tenemos trajes comprados y semblantes viles que ocultamos á todos: nuestros gritos no son como la voz de los que triunfan ni como el grito del que va á la guerra; son chillidos de bestia perseguida que se queja, corriendo.

Somos todos anónimos. Un mar de carne humana, donde los aires no levantan olas. Pero tenemos nuestros viejos trajes que nos prestan carácter; nuestras fuertes corazas de guerrero, nuestros hábitos, nuestras coronas.

A través del mundo, y mientras las feroces alimañas á nadie ocultan las nocivas uñas, mientras con libertad saltan los ríos de peñón en peñón, mientras los árboles sinceramente se abren á los vientos mostrando lo que son, y todo es claro, y todo, con su música, responde á la música oculta del destino,

nosotros, los fingidos, paseamos nuestro disfraz.

La gran Naturaleza nos hizo á todos hombres: estos trapos nos hacen capitanes, jueces, sabios, sacerdotes y reyes.

Somos todos troncos de encinas viejas, revestidos con follajes de seda; estatuas sucias con apariencia del antiguo mármol. ¡Ay de nosotros, si estallando ansioso soplara el huracán del tiempo nuevo, pobres encinas secas! ¡Ay, si un día, el fuego de las almas verdaderas nos abrazara, con abrazo intenso, rotas estatuas de madera sucia! Pero hace siglos que la farsa dura y es mayor cada día. Ya tenemos hasta la habilidad de disfrazarnos de hombres, honrados siempre: blasfemamos en silencio, rezamos en las plazas.

II

Y apresuradamente, como turba de animales cazados, van las máscaras pasando ante los ojos de los árboles, de los caballos y —tal vez— de algunos mendigos. Tienen siempre el mismo paso; siempre las mismas risas, y los trajes siempre del mismo corte.

Se reúnen en las abiertas calles y en los largos jardines; en los pueblos y en las chozas, en los palacios y en las anchas naves de las iglesias. Saltan, al chillido de las orquestas ásperas y al grave resonar de los órganos sagrados. ¡Danzad, danzad, porque se acerca el tiempo de las últimas danzas, porque el traje os va á ser arrancado y el pulido antifaz empapado en vuestra sangre! ¡Danzad, danzad, vosotros los vestidos mientras os dejen tiempo los desnudos! ¡Danzad, soldados, porque ya se acercan los días codiciados del combate! ¡Danzad, nobles señores, porque empiezan las llamas á cebarse en los tapices! ¡Danzad, Jueces, que el tiempo está cercano en que ya la justicia, de vosotros no necesitará sobre la Tierra! ¡Danzad, y bebed vino, Baltasares, con los vasos robados á los Templos! ¡Danzad, reyes: seguid con vuestras danzas el oscilar del trono, sostenido en los hombros de un pueblo de danzantes!

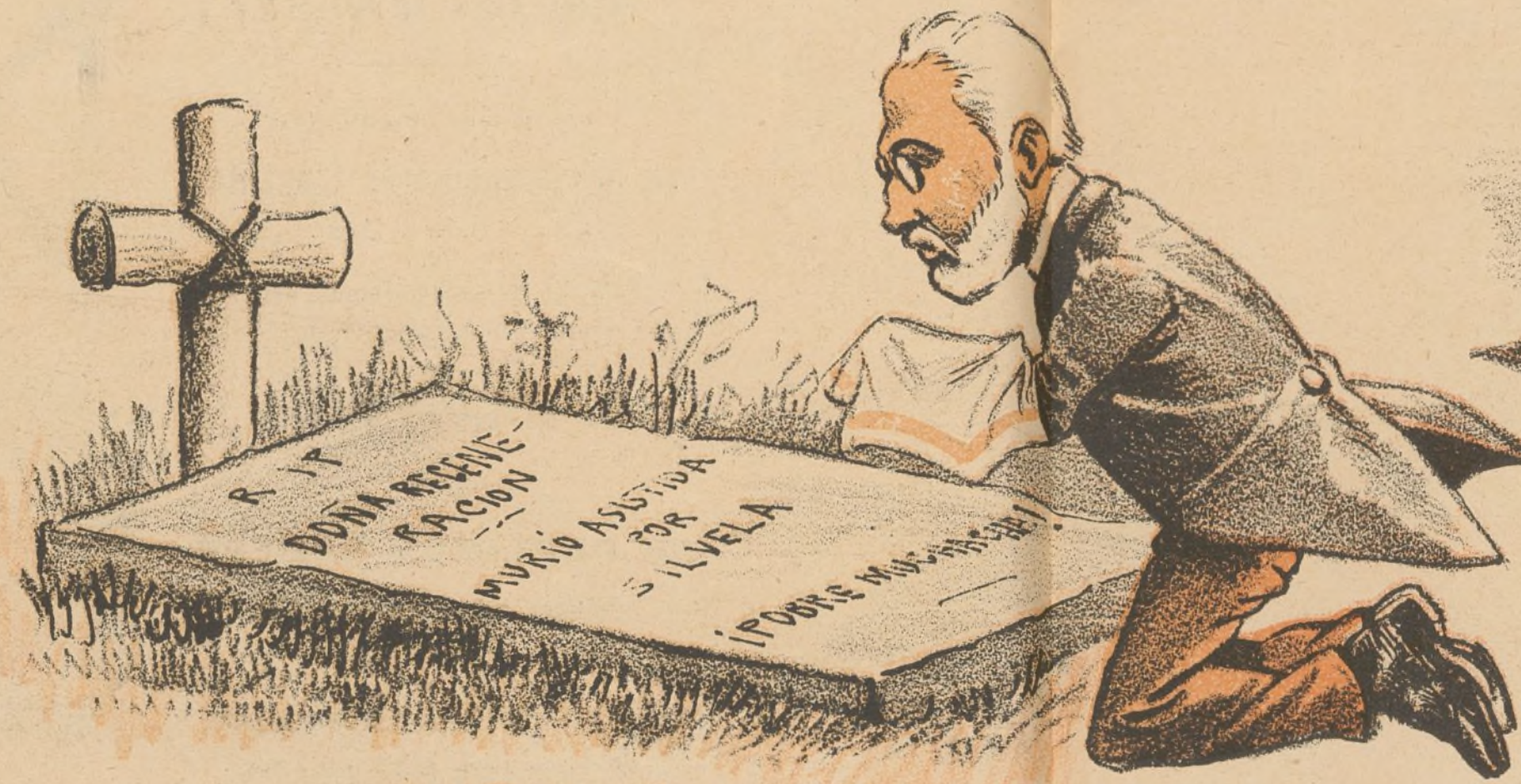
Va á ser hecha la luz que solamente nos mostrará las almas de los hombres; no se pondrán los nombres por las cosas ni el disfraz tomaremos por el cuerpo; van á ser desoidos los que mandan y á escucharse la voz de nuestro espíritu. Todo se cambiará; como á los árboles nos servirán de traje nuestros frutos; nos vestirán nuestras sinceras obras, paridas sin doblez. Y será el día en que, todos obreros del gran campo, sepultemos en paz nuestras semillas. Entretanto ¡reid! porque gozamos

DON QUIJOTE



El cuento de los dos compadres.

Paco.—¡Si viera usted, compadre, qué á gusto voy en el machito!
Praxedes.—¡Si viera usted, compadre, las ganas que tengo de montarme en él!



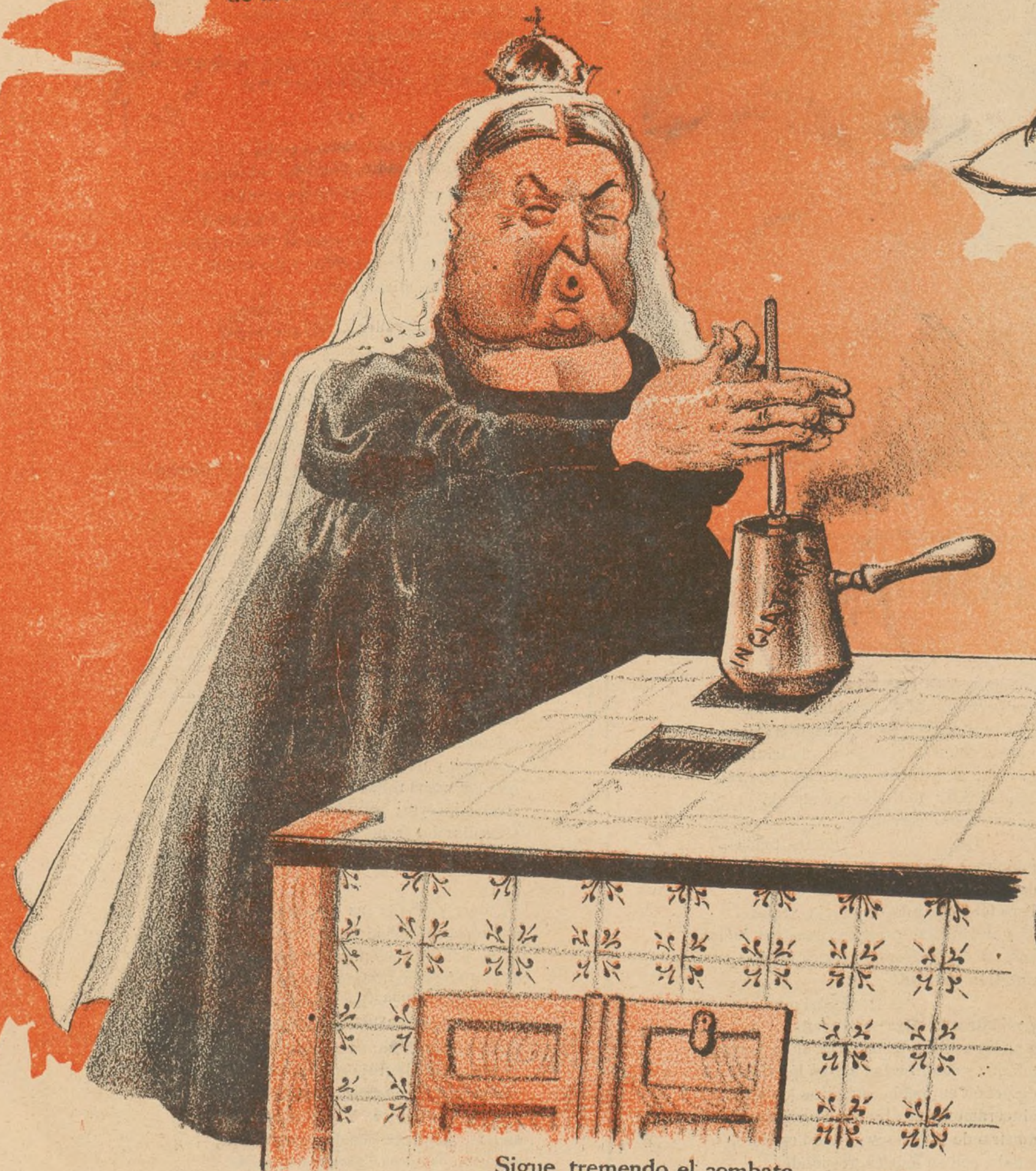
Doña Regeneración yace aquí bajo esta losa.
¡Pobre joven, tan hermosa!



Comparsa de contribuyentes.



La máscara de todo el año.



Sigue tremendo el combate,
y Su Magestad Graciosa continúa tan afanosa
fabricando chocolate.



El hombre del hígut.



El entierro de la sardina.



La gran... Piñata.

de las últimas horas de la noche:
¡Danzad, danzad, danzad, máscaras viejas!
E. MARQUINA.

OFRENDA SANGRIENTA

En la plaza del pueblo se balanceaban ya, agitados por el viento, los estandartes de San Gonzalvo, sostenidos por hercúleos mocetones de rostro atezado y cuello robusto.

Toda aquella aldea italiana sentía el mismo ardor religioso. Las gentes de la comarca honraban a su santo en acción de gracias por la última recolección, que había sido muy abundante.

Las ventanas lucían hermosas colgaduras; las puertas ostentaban arcos de ramaje, y los umbrales de las casas estaban alfombrados de flores. Como soplabla la brisa, todos estos adornos producían ondulaciones que deslumbraban a la multitud.

La procesión continuaba desarrollándose bajo el pórtico de la iglesia, extendiéndose por la plaza.

Ocho hombres privilegiados esperaban el momento de levantar la estatua de San Gonzalvo. Se llamaban Juan Cuso, el Ummalido, Mattala, Vicente Quanno, Rocco de Cenzo, Benedicto Galante, Biagio de Clisci y Juan Senzapaura.

Permanecieron de pie, en silencio, orgullosos de la dignidad de su función y llena de confusas ideas la cabeza. Eran extremadamente robustos; en sus ojos brillaba el fuego del fanatismo, y llevaban en las orejas, como las mujeres, aretes de oro.

De tiempo en tiempo se palpaban los puños y los brazos, como para calcular su vigor; otras veces cambiaban entre sí una sonrisa furtiva.

La estatua del santo, vaciada en bronce, con cabeza y manos de plata, era enorme y muy pesada.

Mattala dijo:

—¿Estamos todos?

Alrededor de ellos la gente se empujaba para ver. El viento hacía sonar los vidrios de las ventanas. La nave estaba llena de incienso. A intervalos se oía y cesaba de oírse la música.

En medio de este ambiente de devoción se dilataban gozosamente los corazones de aquellos ocho hombres. Estaban dispuestos y extendieron los brazos.

Mattala dijo:

—A la una, a las dos, a las tres.

Y todos a una intentaron levantar la estatua de bronce. El peso era excesivo y la estatua se inclinó del lado izquierdo. Los hombres no tuvieron tiempo de colocarse bien, y se encorvaron para resistir mejor el peso. Pero Biagio de Clisci y Juan Cuso, menos resistentes, cedieron algo y la estatua se inclinó violentamente. Ummalido lanzó un grito.

—¡Tened cuidado!—vociferaba la multitud a la vista del santo en peligro. El ruido de la plaza impedía que se oyese las voces de la iglesia.

Ummalido había caído de rodillas, con la mano derecha sujeta al bronce. Inmóvil en esta posición, fijaba los ojos en su mano prisionera, dilatados, llenos de espanto y de dolor. No gritaba. Algunas gotas de sangre habían salpicado el altar.

Por segunda vez los otros compañeros hicieron un esfuerzo a fin de levantar la enorme masa. No era cosa fácil. En la angustia de su tormento Ummalido movía la boca. Al ver aquello, a las mujeres se les ponía la carne de gallina.

Logróse, por último, levantar la estatua y Ummalido pudo retirar la mano, ensangrentada, destrozada, sin forma humana.

—Vete, vete,—le gritaba la multitud empujándole hacia la puerta del templo.

Una mujer se quitó el pañuelo y se lo ofreció para que el herido se vendase la mano.

Ummalido lo rehusó. No decía una palabra; tan sólo miraba atentamente un grupo de hombres que gesticulaban y parecían disputar cerca de la estatua.

—¡A mí me corresponde!

—¡No, a mí!

—¡A mí, a mí!

Cicca Ponno, Matías Scafarola y Tomás de Clisci pugnan por substituir a Ummalido.

Este se acercó a los que disputaban. La mano destrozada le colgaba sangrienta; con la otra se abrió paso.

—Es mi puesto—dijo sencillamente.

Y arrimó el hombro izquierdo para sostener al patrón de la parroquia.

El infeliz apretaba los dientes, reprimiendo sus dolores con desesperada energía.

Mattala le preguntó:

—¿Qué vas a hacer?

—Haré—contestó—lo que verá con gusto San Gonzalvo.

Y echo a andar con los otros.

La multitud le vio pasar estupefacta.

A cada paso, la gente, al verle la mano herida, cubierta ya de sangre coagulada, le decía:

—¿Por qué haces eso, Ummalido?

El no respondía y seguía marchando gravemente, marcando el paso al compás de la música, con algo de confusión en el espíritu, bajo las amplias colgaduras que ondulan el viento sobre la multitud cada vez más compacta.

De repente, al pasar la procesión por una encrucijada, Ummalido cayó al suelo.

El santo se detuvo un segundo, osciló en medio de una vacilación momentánea, y después se puso en marcha.

Matías Scafarola ocupó el puesto vacante.

Dos parientes de Ummalido le levantaron desvanecido y lo llevaron a la casa inmediata.

Ana de Cenzo, vieja curandera, examinó la mano sangrienta e informó.

—No puedo hacer nada—dijo.

Su arte no le suministraba recurso alguno para caso semejante.

Ummalido, que acababa de recobrar sus ánimos, no abrió la boca.

Sin moverse de su asiento contemplaba tranquilamente su herida. Los huesos de la mano estaban rotos; la perdería sin remedio.

Tres ó cuatro viejos la miraron también, y con el gesto y la palabra expresaron el mismo pensamiento.

Ummalido preguntó:

—¿Quién ha cargado con el santo en mi lugar?

—Matías Scafarola.

—¿Qué están haciendo ahora?—volvió a preguntar.

—Están cantando las Vísperas.

Los campesinos se despidieron de él y se fueron a la iglesia.

Un pariente puso cerca del herido una vasija de agua fresca, y le dijo:

—Mójate la mano. Ya volveremos. Ahora vamos a las Vísperas.

Ummalido se quedó solo.

El campaneó era cada vez más fuerte y más rápido.

Comenzaba a menguar la luz del día. Un olivo, atormentado por el viento, golpeaba con sus ramas los vidrios de la ventana.

Ummalido comenzó a limpiarse la sangre; a medida que el agua iba separando los negros grumos, la herida aparecía más horrible.

—Todo es inútil—pensó Ummalido—. La mano está perdida. San Gonzalvo, yo te la ofrezco.

Cogió entonces un cuchillo y salió de la casa.

Las calles estaban desiertas. Todos los devotos se encontraban en la iglesia.

Por encima de los techos corrían las violáceas nubes de los crepúsculos de Septiembre, nubes que tienen figuras de animales.

En el templo, la multitud formaba una especie de coro que cantaba al son de la música, con regulares intervalos.

La muchedumbre y las llamas de los cirios producían calor intolerable.

En lo alto, la cabeza de plata de San Gonzalvo, brillaba como un faro.

Ummalido entró y llegó hasta el altar, en medio del general asombro. Entonces dijo con clara voz, y empujando el cuchillo con la mano izquierda:

—«San Gonzalvo, esta es mi mano; te la ofrezco.»

Y se puso a cortar la mano por la muñeca, lentamente, bajo las miradas de todo el pueblo estremecido de horror.

Poco a poco la mano fué desprendiéndose entre una ola de sangre; después quedó colgando de las últimas fibras, y al cabo cayó en el plato de cobre colocado a los pies del patrón para recoger las limosnas.

Entonces Ummalido levantó el muñón ensangrentado, y repitió con voz clara:

—«San Gonzalvo, esta es mi mano; te la ofrezco.»

GABRIEL D'ANUZZIO.

EL CARNAVAL

En la tierra la locura
y la calma en el espacio,
el sol radiante fulgura
como un inmenso topacio
en azul engastadura.

Sereno y puro el ambiente,
precipitándose va
hacia el Prado locamente,
todo un humano torrente
por la calle de Alcalá.

Del conjunto de rumores
surge extraño clamoreo,
y del sol a los fulgores

parece el ancho paseo
una orgía de colores.

¡Qué incesante agitación!
¡qué continuo ir y venir!
¡qué variada confusión!
¡y qué horrible pisotón
acabo de recibir!

¡Qué diversidad de trajes!
Persas, romanos y godos,
guerreros, chinos y pajes,
y, clavándonos los codos,
infinidad de salvajes.

Aquí está el género humano
desde su edad más remota,
desde el tribuno romano
al moderno ciudadano
que ni concejales vota.

Todos revueltos están
y aturden sus ademanes;
voy mirando con afán
y observo que falta Andán,
aunque sobran cien adanes.

Mas va el tumulto creciendo,
y para no ver visiones
ni escuchar tan vario estruendo,
vuélvome a mi casa haciendo
las sigilentes reflexiones:

¡El Carnaval! Extremada
cuanto inútil necedad;
mucho ruido para nada.
¿Qué es la vida, en realidad,
más que eterna mascarada?

¿A qué esa cara fingida,
a qué el pintado cartón,
si no hay un rostro con vida
que no sea fementida
carena del corazón?

Casi todos la llevamos,
y nuestra víctima hacemos
al que sin ella miramos:
al nacer nos la ponemos
y al morir nos la quitamos.

Recatar así el semblante
es pueril é inútil dolo.
¿A qué ese antifaz delante
del natural, si es bastante
para engañar este sólo?

¿Acaso la soledad
escuda con este engaño
su torpe debilidad
para decir la verdad
siquiera una vez al año?

Tal vez este juicio es cierto,
que entre tanta algarabía,
a alguno decir advierto
verdades que no diría
con el rostro descubierto.

Llévese, pues, Satanás
toda esa turba indiscreta,
ó convéngase de hoy más
en llevar siempre careta
ó no llevarla jamás.

E. SEGOVIA ROCAVERTI.

RÁPIDA

LA ETERNA MÁSCARA

—Sí; quítate la careta. Preséntate a mis ojos tal como eres. Trastróquemos las fiestas. Hagamos Cuarema del Carnaval.

¡Ven a mí, una vez siquiera, con palabras de verdad en tus labios! ¡Tengo tantas ganas de saber lo que piensas, de saber lo que sientes!

Todo en ti es falso; tus ojos, pérfidos y engañadores; tu boca, traidora, que miente cuando besa, y cuando habla, y cuando sonríe, y cuando calla...

En ti el amor es malo, como el odio. ¡Cuánto daño me han hecho tus caricias!

Quítate de una vez esa máscara impenetrable, con la cual encubres tus sentimientos.

Yo no sé qué pensar de ti. Eres un enigma indescifrable. ¿Te ríes? ¡Pues parece que lloras! No... no te acerques a mí. Tengo miedo a tus brazos. ¡Podrías estrecharme tan fuertemente que me ahogaras en ellos!

¿Quién eres, mujer? ¿El Hastío? ¿Por qué me amas y me aborreces a un mismo tiempo? ¿Eres quizás la Hipocresía? Habla... Contesta. ¿Qué no, que no eres nada de eso, que eres sólo una desequilibrada, tan incapaz para el amor como para el odio, cuerpo y alma estéril, vida muerta?... ¿No me engañas ahora como siempre? ¡Ven entonces a mí! ¡Pobrecita! ¡Pobrecita!

MIGUEL SAWA.

LIBROS

La Biblioteca Mignon—tan popular ya—ha publicado un nuevo volumen, un delicioso cuento titulado *El pájaro verde*, original de D. Juan Valera, ilustrado primorosamente por Leal da Cámara.

Precio del libro: 75 céntimos.

Pío Baroja, escritor nuevo y meritisimo, espíritu valiente, gran observador, gran psicólogo, ha publicado con el título de *Vidas sombrías*, una colección de hermosos artículos.

Precio del libro: 2 pesetas.

Presento a ustedes a un nuevo poeta, el Sr. Marquina, que con su libro *Odas* nos ha demostrado, cómo la poesía no puede morir nunca.

Como muestra del mérito de este libro, reproducimos en este número los versos *La canción de las máscaras*.

Imprenta de Antonio Marzo, Pozas, 12